

La madre del saúco

Un niño pequeño se resfrió una vez. Nadie podía entender dónde se había mojado los pies, pues el tiempo estaba completamente seco. Su madre lo desnudó, lo acostó en la cama y mandó traer una tetera para preparar té de saúco: ¡un excelente sudorífico! En ese instante entró en la habitación un anciano amable y alegre que vivía en el piso superior de la misma casa. Estaba completamente solo; no tenía ni esposa ni hijos, pero quería tanto a los niños y sabía contarles cuentos e historias tan maravillosos, que era realmente un prodigio.

—Bueno, tomarás un poco de té y luego, quizás, oirás un cuento —dijo la madre.

—¡Ay, si supiera alguno nuevo! —respondió el anciano, asintiendo cariñosamente con la cabeza—. Pero ¿dónde habrá mojado este muchachito sus pies?

—Eso es justamente lo que no sabemos: ¿dónde? —dijo la madre—. Nadie logra entenderlo.

—¿Y habrá cuento? —preguntó el niño.

—Primero necesito saber si la cuneta del callejón donde está vuestra escuela es profunda. ¿Puedes decírmelo?

—¡Justo hasta la mitad de la caña de la bota! —respondió el niño—. Y eso en el lugar más hondo.

—¡Así que ahí fue donde nos mojamos los pies! —dijo el anciano—. Ahora debería contarte un cuento, pero no conozco ninguno nuevo.

—¡Pero podéis inventarlo ahora mismo! —dijo el niño—. Mamá dice que todo lo que miráis o tocáis se convierte en un cuento o una historia.

—Es cierto, pero esos cuentos e historias no sirven para nada. Los verdaderos vienen por sí solos. Llegan y llaman a mi frente: «¡Aquí estoy yo!»

—¿Y pronto vendrá alguno a llamar? —preguntó el niño.

La madre rio, echó té de saúco en la tetera y lo preparó.

—¡Contadnos, contadnos!

—¡Si tan solo viniera por sí mismo! Pero son importantes; solo vienen cuando les place... ¡Espera! —exclamó de pronto el anciano—. ¡Ahí está! ¡Mira, en la tetera!

El niño miró. La tapa de la tetera comenzó a levantarse cada vez más alto, hasta que desde debajo asomaron frescas florecillas blancas de saúco, y luego crecieron largas ramas verdes. Se extendían en todas direcciones, incluso saliendo por el pico de la tetera, y pronto ante el niño hubo un arbusto entero; las ramas se alargaban hasta la cama, apartando las cortinas. ¡Qué maravillosamente florecía y perfumaba el saúco! Y entre su follaje asomaba el rostro bondadoso de una anciana vestida con un traje extraordinario, verde como las hojas del saúco y todo cubierto de florecillas blancas. Al principio ni siquiera podía distinguirse si aquello era un vestido o simplemente follaje y flores vivas de saúco.

—¿Quién es esa anciana? —preguntó el niño.

—Los antiguos romanos y griegos la llamaban Dríada —dijo el anciano—. Pero para nosotros ese nombre es demasiado complicado, y en el Nuevo Arrabal le dieron un apodo mejor: Madre Saúco. Mírala bien y escucha lo que voy a contar...

Exactamente igual de grande y cubierto de flores crecía un arbusto en un rincón del patio del Nuevo Arrabal. Bajo el arbusto, durante la hora de la sobremesa, se calentaban al sol dos ancianos: un viejo, viejísimo ex marinero y su vieja, viejísima esposa. Tenían nietos y bisnietos, y pronto debían celebrar sus bodas de oro, aunque ya no recordaban bien el día ni la fecha. Desde el follaje, la Madre Saúco los observaba, tan amable y acogedora como esta misma, y decía: «¡Yo sí sé el día de vuestras bodas de oro!» Pero los ancianos estaban ocupados conversando, recordando el pasado, y no la oían.

—¿Recuerdas —dijo el ex marinero— cómo corríamos y jugábamos siendo niños? Justo aquí, en este mismo patio, plantamos un jardincito. ¿Recuerdas cómo clavábamos en la tierra varitas y ramitas?

—¡Claro que sí! —intervino la anciana—. ¡Lo recuerdo, lo recuerdo! No nos cansábamos de regar aquellas ramitas; una de ellas era de saúco, echó raíces, brotes y ¡mira cómo ha crecido! Ahora, siendo viejos, podemos sentarnos a su sombra.

—¡Es verdad! —continuó el marido—. Y allí, en aquel rincón, había una cuba con agua. Allí lanzábamos al agua mi barquito, que yo mismo tallé en madera. ¡Cómo navegaba! Y pronto me tocó emprender una verdadera travesía...

—Sí, pero antes de eso aún íbamos a la escuela y aprendimos algunas cosas —interrumpió la anciana—. Luego crecimos y, ¿recuerdas?, un día fuimos a visitar la Torre Redonda, subimos hasta lo más alto y desde allí contemplamos la ciudad y el mar. Después fomos a Frederiksberg y vimos cómo el rey y la reina paseaban en un magnífico barco por los canales.

—Solo que a mí me tocó navegar de otra manera, muchos años lejos de la patria.

—¡Cuántas lágrimas derramé por ti! Ya pensaba que habías perecido y yacías en el fondo del mar. ¡Cuántas veces me levantaba por la noche para ver si giraba la veleta! La veleta giraba, pero tú nunca llegabas. Recuerdo perfectamente que un día, en medio de un diluvio, llegó al patio el basurero. Yo trabajaba allí como sirvienta, salí con el cubo de basura y me detuve en la puerta. ¡El tiempo era espantoso! Entonces llegó el cartero y me entregó una carta tuya. ¡Vaya viaje que tuvo que hacer esa carta por el mundo! La agarré y me puse a leerla inmediatamente. Reía y lloraba al mismo tiempo... ¡Estaba tan feliz! En la carta decías que ahora estabas en tierras cálidas, donde crece el café. ¡Qué país tan bendito debe ser ese! Contabas muchas otras cosas, y yo lo veía todo como si estuviera ocurriendo ante mis ojos. La lluvia caía a cántaros, y yo seguía allí, en la puerta, con el cubo de basura. De repente, alguien me rodeó la cintura con los brazos...

—Seguro que entonces soltaste tal bofetada que resonó como una campana.

—¿Cómo iba yo a saber que eras tú? Habías alcanzado tu propia carta. Y qué guapo estabas... Sigues siéndolo ahora. Del bolsillo te asomaba un pañuelo de seda amarillo, y en la cabeza llevabas un sombrero de hule. ¡Qué elegante eras!... Pero ¡qué tiempo hacía, y cómo estaba nuestra calle!

—Y así nos casamos —continuó el ex marinero—. ¿Recuerdas? Luego llegaron los hijos: primero el muchacho, luego Mari, después Niels, luego Peter, y finalmente Hans Christian.

—Sí, todos crecieron y se convirtieron en personas excelentes; todo el mundo los quiere.

—¡Y ahora hasta sus hijos tienen hijos! —dijo el anciano—. Esos son nuestros bisnietos, y ¡qué robustos están! Me parece que nuestra boda fue precisamente por estas fechas.

—¡Precisamente hoy! —dijo la Madre Saúco, asomando la cabeza entre los dos ancianos, pero ellos pensaron que era la vecina quien les hacía un gesto afirmativo.

Permanecían sentados mano con mano, mirándose con amor. Poco después llegaron los niños y los nietos. Ellos sí sabían perfectamente que aquel día era el aniversario de las bodas de oro de los ancianos, y ya los habían felicitado por la mañana, aunque los viejos habían logrado olvidarlo, a pesar de recordar muy bien todo lo sucedido hacía muchos, muchos años. El saúco perfumaba intensamente, y el sol, al ponerse, iluminaba directamente los rostros de los ancianos, sonrojando

sus mejillas. El menor de los nietos bailaba alrededor del abuelo y la abuela, gritando alegremente que aquella noche habría un verdadero festín: ¡para la cena servirían patatas calientes! La Madre Saúco asentía con la cabeza y gritaba «¡hurra!» junto con todos.

—¡Pero esto no es ningún cuento! —objetó el muchacho, que había escuchado atentamente al anciano.

—Eso dices tú —respondió el anciano—, pero pregúntale a la Madre Saúco.

—Esto no es un cuento —respondió la Madre Saúco—. Pero ahora comenzará el cuento. De la realidad misma brotan los cuentos más maravillosos. De otro modo, mi hermoso arbusto no habría crecido dentro de la tetera.

Dicho esto, tomó al niño en brazos; las ramas del saúco, cubiertas de flores, se cerraron repentinamente alrededor de ellos, y el niño y la anciana se encontraron como en una pérgola cubierta de follaje que voló con ellos por el aire. ¡Era algo maravilloso! La Madre Saúco se transformó en una niña pequeña y preciosa, pero su vestidito seguía siendo el mismo: verde, cubierto de florecillas blancas. En el pecho de la niña lucía una flor viva de saúco, y en sus rizos rubios claros llevaba una corona entera hecha de esas mismas flores. Sus ojos eran grandes y azules. ¡Ah, qué bonita era, realmente un encanto! El niño y la niña se besaron, y ambos se volvieron de la misma edad, con los mismos pensamientos y sentimientos.

Mano con mano salieron de la pérgola y se encontraron en un jardín floral frente a la casa. Sobre el césped verde había un bastón del padre atado a una estaca. Para los niños, incluso el bastón estaba vivo. Bastaba montar sobre él, y el brillante puño se convertía en una magnífica cabeza de caballo con una larga melena ondeante. Luego crecieron cuatro esbeltas y fuertes patas, y el fogoso corcel llevó a los niños galopando alrededor del prado.

—¡Ahora cabalgaremos muy, muy lejos! —dijo el niño—. ¡A la mansión señorial donde estuvimos el año pasado!

Los niños galopaban alrededor del prado, y la niña —pues ya sabemos que ella era la Madre del Saúco —decía:

—¡Bueno, ya estamos fuera de la ciudad! ¿Ves esa casa campesina? Un enorme horno de pan, como un huevo gigantesco, sobresale de la pared directamente hacia el camino. Sobre la casa extiende sus ramas un arbusto de saúco. Mira cómo pasea por el patio el gallo, escarbando en la tierra, buscando alimento para las gallinas. ¡Fíjate qué importante camina! Y ahora estamos en lo alto de una colina junto a la iglesia; está rodeada de altos robles, uno de ellos medio seco... ¡Y ahora estamos

junto a la fragua! Mira cómo arde brillantemente el fuego, ¡cómo trabajan con los martillos esos hombres semidesnudos! ¡Las chispas vuelan en todas direcciones! Pero debemos seguir adelante, más lejos, hacia la mansión señorial!

Y todo aquello que la niña, sentada a horcajadas sobre el bastón detrás del muchacho, iba nombrando, pasaba velozmente ante ellos. El niño veía todo eso, mientras tanto solo daban vueltas por el prado. Luego jugaron en un sendero lateral y se hicieron un pequeño jardín. La niña sacó de su corona una flor de saúco y la plantó en la tierra. Echó raíces y brotes, y pronto creció hasta convertirse en un gran arbusto de saúco, exactamente igual al que tenían los ancianos en Nueva Aldea cuando ellos mismos eran niños. El niño y la niña se tomaron de la mano y también salieron a pasear, pero no fueron hacia la Torre Redonda ni al parque de Frederiksberg. No; la niña abrazó fuertemente al niño, se elevó con él en el aire y volaron sobre Dinamarca. La primavera daba paso al verano, el verano al otoño, el otoño al invierno. Miles de imágenes se reflejaban en los ojos del niño y quedaban grabadas en su corazón, mientras la niña seguía diciendo:

—¡Esto no lo olvidarás nunca!

Y el saúco exhalaba un aroma tan dulce, tan maravilloso. El niño aspiraba tanto la fragancia de las rosas como el olor de los hayedos frescos, pero el saúco olía más fuerte que nada: pues sus flores adornaban el pecho de la niña, y hacia ella inclinaba él tan a menudo la cabeza.

—¡Qué maravillosa es aquí la primavera! —dijo la niña, y se encontraron en un joven bosque de hayas. A sus pies florecía la fragante hierba de San Juan, y entre la hierba asomaban maravillosas anémonas de un rosa pálido—. ¡Oh, si la primavera reinara eternamente en este fragante bosque de hayas danés!

—¡Qué bien se está aquí en verano! —dijo ella cuando pasaron volando junto a una antigua mansión señorial con un castillo caballeresco ancestral. Las paredes rojas y los frontones dentados se reflejaban en los fosos llenos de agua, donde nadaban cisnes, mirando hacia las antiguas y frescas alamedas. Los campos ondulaban como el mar, las zanjas estaban salpicadas de flores silvestres rojas y amarillas, y por los setos serpenteaban el lúpulo silvestre y la correhuela en flor. Por la tarde surgió una luna grande y redonda; desde los prados llegaba el dulce aroma del heno recién segado. —¡Esto no se olvidará jamás!

—¡Qué maravilloso es aquí en otoño! —dijo la niña, y la bóveda del cielo de repente se volvió el doble de alta y azul. El bosque se tiñó de los colores más hermosos: rojo, amarillo, verde.

Los perros de caza se lanzaron en libertad. Bandadas enteras de caza volaban gritando sobre los túmulos donde yacen piedras antiguas cubiertas de zarzas. En el mar azul oscuro blanqueaban las velas. Ancianas, muchachas y niños recogían lúpulo y lo echaban en grandes toneles. Los jóvenes cantaban canciones antiguas, mientras las ancianas contaban cuentos sobre troles y duendes domésticos.

—¡No puede haber nada mejor en ninguna parte! ¡Y qué bien se está aquí en invierno! —dijo la niña, y todos los árboles se vistieron de escarcha, sus ramas se transformaron en corales blancos. La nieve crujía bajo los pies como si todos hubieran calzado botas nuevas, y del cielo caían una tras otra estrellas fugaces.

En las casas se encendían los árboles de Navidad, cargados de regalos; la gente se alegraba y se divertía. En el pueblo, en las casas campesinas, no cesaban los violines, los pasteles de manzana volaban por el aire. Incluso los niños más pobres decían:

«¡Qué maravilloso es, después de todo, el invierno!»

Sí, era maravilloso. La niña le mostraba todo al niño, y por todas partes exhalaba su fragrance el saúco, por todas partes ondeaba la bandera roja con la cruz blanca, la bandera bajo la cual había navegado el antiguo marinero de Nueva Aldea. Y así el niño se convirtió en joven, y también a él le tocó emprender un largo viaje hacia tierras cálidas donde crece el café. Al despedirse, la niña le dio una flor de su pecho, y él la guardó en un libro. Con frecuencia, en tierra extranjera, recordaba su patria y abría el libro, siempre en el lugar donde reposaba la flor. Y cuanto más miraba el joven la flor, más fresca se volvía, más intensamente perfumaba, y al joven le parecía oír la fragancia de los bosques daneses. En los pétalos de la flor veía el rostro de la niña de ojos azules, y casi escuchaba su susurro: «¡Qué bien se está aquí en primavera, en verano, en otoño y en invierno!» Y cientos de imágenes desfilaban en su memoria.

Así pasaron muchos años. Envejeció y se sentaba con su anciana esposa bajo el árbol en flor. Se tomaban de la mano y hablaban del pasado, de sus bodas de oro, exactamente igual que su bisabuelo y su bisabuela de Nueva Aldea. La niña de ojos azules, con flores de saúco en el cabello y en el pecho, estaba sentada en las ramas del árbol, les asentía con la cabeza y decía: «¡Hoy son vuestras bodas de oro!» Luego sacó de su corona dos flores, las besó, y estas brillaron, primero como plata y luego como oro. Y cuando la niña colocó aquellas flores sobre las cabezas de los ancianos, las flores se transformaron en coronas de oro, y el esposo y la esposa quedaron sentados como rey y reina, bajo el árbol fragante, tan parecido a un arbusto de saúco. Y el anciano le contó a su esposa la historia de la Madre del Saúco, tal como él mismo la oyó en su infancia, y a ambos les parecía que en

aquella historia había mucho parecido con la historia de sus propias vidas. Y precisamente aquello que se parecía era lo que más les gustaba.

—¡Así es! —dijo la niña, sentada entre el follaje—. Unos me llaman Madre del Saúco, otros Dríada, pero mi verdadero nombre es Recuerdo. Me siento en el árbol, que sigue y sigue creciendo. Lo recuerdo todo, puedo contarlo todo. ¡Muéstrame, acaso todavía conservas mi flor?

Y el anciano abrió el libro: la flor de saúco yacía tan fresca como si acabaran de colocarla entre las páginas. Recuerdo hizo un gesto cariñoso con la cabeza hacia los ancianos, y ellos, sentados con sus coronas de oro, iluminados por el sol púrpura del atardecer, cerraron los ojos, y... y... ¡Y aquí termina el cuento!

El niño yacía en la cama y él mismo no sabía si había visto todo aquello en sueños o solo lo había oído. La tetera estaba sobre la mesa, pero de ella no crecía ningún saúco, y el anciano se disponía a marcharse y se fue.

—¡Qué maravilloso! —dijo el niño—. ¡Mamá, he estado en tierras cálidas!

—¡Cierto! ¡Cierto! —dijo la madre—. Después de dos tazas así de té de saúco, no es de extrañar haber estado en tierras cálidas. Y lo arropó bien para que no resfriara—. ¡Has dormido muy bien mientras discutíamos si esto era un cuento o realidad!

—¿Y dónde está la Madre del Saúco? —preguntó el niño.

—¡En la tetera! —respondió la madre—. Allí es donde debe estar.